

GARCILASO Y SUS AMORES

Valle Vaquero Serrano

Hasta hace un tiempo relativamente cercano, los conocimientos que teníamos sobre la vida amorosa de Garcilaso de la Vega eran más bien escasos y nebulosos. Sabíamos con seguridad que se había casado con una dama adinerada y que con ella había tenido varios hijos. Asimismo, y por su propio testamento, conocíamos que creía deber algo por un favor amoroso, al parecer sin ninguna trascendencia, a una tal Elvira, que no dejó ningún rastro más en su biografía. También teníamos noticia de un escaqueo napolitano. Y eso era todo lo que oficialmente nos constaba de los amores del poeta. La historia con Isabel Freyre nació de la anotación de un comentarista tergiversada después por los estudiosos.

Ahora bien, detrás de esta aparente sequía, de esta parquedad de datos documentales, nadie podía ignorar que en la vida de Garcilaso reinó el amor, que todo en la obra del toledano habla de amor, de amores. Amores frustrados, atormentados, terribles, amores que marcaron su existencia de una manera tan plena y definitiva que, si hoy y siempre Garcilaso es conocido y admirado, se debe a los bellísimos versos que tales pasiones hicieron salir de su pluma, amores que nos conmueven en tal forma que no podemos dejar de pensar en quiénes pudieron ser las damas que los inspiraron, que, desde luego, no fueron ni su esposa, ni la efímera Elvira, ni la desconocida napolitana.

Y así, generación tras generación de estudiosos de la poesía del toledano, han intentado, con más o menos éxito, averiguar los nombres y las vidas de las simpares Galatea, Elisa,... Los datos en los que se podían apoyar para saber quiénes habían quedado ocultas tras esos nombres eran pocos. Las noticias que de ellas dejaron los contemporáneos del poeta, sus amigos, sus conocidos, los comentaristas más cercanos a él, apenas daban escasas referencias. Y el tiempo transcurría intentando correr el velo con el que tan cuidadosamente Garcilaso había procurado ocultar sus personalidades. El reto seguía siendo descubrir, a través de su obra o de cualquier otro texto o documento, el secreto que con tanta cautela el poeta había querido guardar, como buen caballero que era, para no herir las honras de las amadas, para no aumentar el dolor que esos amores les habían causado, como él sin cesar repetía en sus versos...

Mas ocultar para siempre un secreto es muy difícil, prácticamente imposible. De la abundancia del corazón habla la boca. Y, en este caso, la pluma. E inevitablemente quedaron rastros, señales quizás no del todo involuntarias. Un sentimiento tan profundo, aunque se tenga por vergonzoso, por dañino, desde lo más hondo de su misma existencia, anhela dejar constancia de su ser, huellas sutiles, susurros sabios, jirones entre la niebla...

Una de las enormes ventajas de que gozamos al estudiar esta época es la cantidad ingente de documentos notariales que las familias del estatus social de Garcilaso de la Vega producían. Al rebuscar entre los legajos de los escribanos de aquel tiempo, sus operaciones financieras, sus últimas voluntades, sus pleitos y diferencias por propiedades o títulos o privilegios, sus acuerdos, etc., surgen por doquier permitiéndonos reconstruir con gran fidelidad sus existencias, sus preocupaciones, sus economías. Y, al estudiarlos, podemos rastrear, aunque sea de un modo indirecto, sus problemas y sinsabores amorosos.

Algunos de estos documentos notariales han sido, como más adelante explicaré, fundamentales para el conocimiento actual de los amores del poeta toledano. Sobre todo, el extraordinario acto de donación de la madre del primogénito de Garcilaso hacia

su común hijo. Documento a todas luces nada corriente y que habla del primer amor del poeta y su fruto.

El estudio exhaustivo de la obra del toledano y de los documentos originales que se le relacionan conservados en archivos y bibliotecas, el conocimiento profundo de la época y de sus personajes, el análisis de los seguidores de sus obras, unidos a una racional interpretación de lo que de todo ello se deduce, nos abren un mundo nuevo y hasta hoy casi desconocido y, desde luego, no agotado. Todavía quedan archivos sin explorar, entre ellos quizás el más interesante: el de los más directos descendientes de su hermano Pedro Laso. Y muchos más donde, por sorpresa, como ocurrió con el de los Cedillo, pueden aparecer datos apasionantes que el tiempo ha mantenido guardados entre pergaminos y viejos legajos. España es tan rica en archivos que, a pesar de los muchos destruidos, existen tesoros aún ocultos por descubrir, esperando al paciente y curioso, al infatigable e inagotable investigador, que, sin prisa, sin perder nunca la esperanza, sigue buscando papeles, dejándose los ojos en la intrincada escritura de la época, para que algún día se pueda penetrar el misterio, y así los nombres, las vivencias de las tan amadas no mueran nunca, y nunca se olvide ni se apague el fuego que tan gloriosamente ardió en sus almas.

Lo que se ha descubierto con mucho estudio y más paciencia es lo que voy a pasar a narrarles. Para mí, ha resultado una de las historias más apasionantes de mi vida. Sería una inmensa satisfacción que ustedes la disfrutaran como yo lo he hecho. Y estoy convencida de que Garcilaso, en su tumba, temblará de gozo al volver a oír los nombres de sus amadas, ahora que ni la deshonra, ni las convenciones sociales de su tiempo pueden dañarles.

El primer amor: Guiomar Carrillo

El descubrimiento de un documento notarial en un archivo privado de un noble toledano, el conde de Cedillo, nos reveló hace diez años el nombre del primer amor hasta ahora conocido de Garcilaso de la Vega. En él, de una manera cruda e insólita por lo directa y valerosa, una dama toledana perteneciente a una de las más importantes familias de la ciudad, nada menos que los Ribadeneira, mariscales de Castilla, familia de gran prosapia y fortuna, reconoce ante un escribano y dos testigos relevantes, que ella, doña Guiomar Carrillo, siendo soltera y libre, tuvo amores “mucho tiempo” con el también toledano Garcilaso de la Vega, hijo del comendador de León del mismo nombre y de doña Sancha de Guzmán, cuando el dicho Garcilaso de la Vega era igualmente soltero y libre. Afirma que de esta relación amorosa nació un hijo, que se llamó don Lorenzo Suárez de Figueroa (primogénito, por lo tanto, del poeta toledano), y al que dona una importante suma de dinero, para que pueda vivir honradamente, pueda casar con quien quisiera y para que todo el mundo sepa que ella es su madre. Lo realiza en Novés, villa no muy lejos de Toledo y cercana a su señorío de Caudilla, donde su familia posee una magnífica fortaleza y reside a menudo.

La fecha de la escritura es fundamental para su comprensión, pues se realiza poco después del fallecimiento del poeta y de la inmediatamente posterior muerte de la madre del lírico, doña Sancha de Guzmán. En sus líneas, y aunque en aquellos siglos fuera una expresión bastante común, doña Guiomar afirma –y también resulta de gran interés– que lleva a cabo tal donación por el “mucho amor” que tuvo por Garcilaso.

Era de todos conocido que el toledano, según constaba en su testamento, había engendrado un hijo fuera de su matrimonio, de quien solo se conocía el nombre:

Lorenzo. El padre ordena en sus últimas voluntades que cuiden de él, que se le den estudios. Y nada más.

Doña Guiomar, en su documento, nos informa de que tal niño nació antes de casarse Garcilaso con Elena de Zúñiga. Era, por tanto, el primer hijo del poeta, y debió de ser un hijo amado y apreciado, pues el lírico le puso el nombre más ilustre de su familia paterna, nombre glorioso para los Laso de la Vega, nada menos que Lorenzo Suárez de Figueroa. El documento nos lleva a suponer que el niño se crió, como era costumbre en la época, en la casa paterna, y que se ignoraba, al menos oficialmente, quién era su madre, ya que ella insiste en su deseo de que se sepa.

Al donarle tan importante suma, doña Guiomar nos quiere decir bien a las claras que la viuda de Garcilaso no había cumplido la voluntad de su marido de que cuidasen al adolescente, puesto que ella tiene que acudir con sus bienes para que su hijo pueda “vivir honradamente”. Le dice también al joven que lo hace para que “os podáis casar con quién quisieréis y bien os estuviere a vuestra voluntad”, con lo que parece darnos entender que su padre, es decir, Garcilaso no pudo hacerlo así.

Nos consta que Guiomar Carrillo y Garcilaso eran vecinos en Toledo, pues las casas de sus respectivos padres, situadas en la parroquia de Santa Leocadia, debían de estar muy próximas. Por vivir cerca y pertenecer a la misma clase social, las familias eran muy probablemente amigas. Varones de los dos linajes eran regidores en el Ayuntamiento de Toledo. Y también eran ambas familias vecinas del futuro jefe comunero Juan de Padilla. Igualmente es sabido que todos ellos desempeñaron un importante papel en la revolución de las Comunidades: Pedro Laso, el hermano mayor de Garcilaso fue uno de sus principales caudillos, y es muy posible que Fernando de Ribadeneira, hermano de Guiomar, estuviese gravemente implicado en la revuelta.

En la época, cuando un hombre y una mujer de la misma clase social y libres los dos concebían y tenían un hijo, se consideraban casados, ya que por aquel tiempo era legal el matrimonio secreto, y el simple hecho de tener un hijo se consideraba como una dación de fe entre ambos. ¿Qué ocurrió entonces para que Garcilaso y Guiomar no se casaran oficialmente, y lo que es más curioso que, hasta después de la muerte del poeta, Guiomar no se declarara madre de su hijo?...

Mirándolo someramente nada se oponía a su matrimonio. Era de lo más natural que dos jóvenes libres, de familias amigas, con un hijo en común, contrajeran matrimonio o, más normal todavía, que, ante Dios y los hombres, por el mero hecho de haber mantenido relaciones sexuales, se los tuviese ya por casados. Pero nada de eso ocurrió. Lorenzo pasa a vivir a la casa de los Laso, doña Guiomar desaparece de la escena hasta el día de hoy y, lo que es más grave, Garcilaso se casa oficialmente con otra mujer, vive con ella y con ella tiene cinco hijos...

Basta estudiar lo ocurrido, la cronología de los hechos, para encontrar una posible explicación a tan extraña historia. Si analizamos las fechas en las que muy probablemente todo ello ocurrió, comprobamos que los toledanos estaban por aquel entonces inmersos en plena guerra de las Comunidades. Muchas familias nobles y, desde luego, la de Garcilaso y tal vez la de Guiomar se implicaron en ella de manera muy importante. El rey gana la guerra y la venganza se abate sobre los perdedores. Pedro Laso, el hermano mayor del poeta, huye de una muerte segura exiliándose a Portugal. Fernando Ribadeneira, el hermano de Guiomar, acaso fuera encarcelado. Solo hay una forma de salvar vidas y bienes, haciendo todo lo posible para apaciguar al rey, retractarse de las anteriores actitudes o negarlas incluso si daba lugar.

Doña Sancha de Guzmán trata de salvar lo que puede de las expropiaciones reales y, ante todo, intenta que su hijo Garcilaso, cuyo papel en la revuelta no había sido destacado e incluso al final de la guerra había sido herido con el ejército del emperador,

se acerque lo máximo al monarca, usando su título de contino y tratando de congraciarse con los Austrias invitándolos a alojarse en su casa cuando visiten Toledo y adulando y ganándose el favor de doña Leonor, la hermana del rey. Y es doña Leonor la que sugiere que Garcilaso, supuestamente libre, contraiga matrimonio con una de sus damas favoritas, Elena de Zúñiga. E incluso ofrece una gran dote para tal matrimonio.

Pues bien, si en ese momento Garcilaso y Guiomar confiesan su unión, descubren que tienen un hijo, todo se hubiera perdido: el favor real, la esperanza del perdón para Pedro Laso, la recuperación de sus bienes y de su posición en la corte... Y, ante esto, Guiomar desaparece. Creemos que se va a su fortaleza de Caudilla. Lorenzo, su hijo, permanece con la abuela Sancha. Allí casi con toda seguridad nadie habla de su madre. Y él es un bastardo más de un joven caballero que, antes de contraer matrimonio, tuvo un hijo con alguien sin importancia.

Finalmente, Garcilaso de la Vega se casa con Elena de Zúñiga con el beneplácito real. Se consigue el perdón para su hermano y la vida discurre normalmente. Pero todo parece indicar que el poeta siguió viéndose con doña Guiomar. Caudilla y Batres, las fortalezas de los dos amantes, estaban bastante cerca. Quien lea sus versos puede entender que no se conformó con no verla...

Y lo más significativo: la actitud de Elena de Zúñiga a la muerte de su esposo. No cumple su voluntad, se venga en el fruto de aquel amor de juventud. Si ella hubiera pensado que había sido agua pasada, un hecho pretérito de lo que había quedado un hijo de alguien olvidado e intrascendente, no hubiese actuado de esa forma contra el joven. Algo sabía, y lo que sabía no le gustaba nada, y actuó como cualquier mujer despechada hubiera hecho por un amor no correspondido.

Guiomar Carrillo se esfuma en las sombras tras el día de la donación. Podemos suponer que siguió viviendo en la soledad de Caudilla, con esporádicos viajes al cercano Toledo. No sabemos si sobrevivió a su hijo Lorenzo, cuya vida no fue muy larga. Si fue así, imaginamos la amargura de ver cortarse el último hilo que la unía a su largo y gran amor.

En aquel entonces, Toledo no era una ciudad muy grande, y las personas de la alta sociedad se conocían todas y mucho más viviendo en el mismo barrio. Guiomar sabría del traslado de los restos de su amado desde Niza a su ciudad natal. Con toda seguridad, vio la tumba de Garcilaso y las estatuas orantes que del poeta y de su hijo legítimo homónimo encargó doña Elena y colocó sobre sus restos en la capilla propiedad de la familia en el monasterio toledano de San Pedro Mártir.

¿Qué sentiría al ver el rostro inmóvil del amado, que ya no podía volverse para mirarla?

Al reflexionar sobre el papel que doña Guiomar Carrillo representó en la vida amorosa de Garcilaso, no podemos dejar de admirar su sacrificio por la persona amada, su discreción para no perjudicarla, su enorme valentía para reconocer a su muerte y de la manera más cruda posible cómo habían sido sus relaciones, aun a costa de su honra. Y, sobre todo, la contundencia y firmeza para defender al hijo de ambos que, a la muerte de su padre y de su abuela paterna, había quedado desprotegido y a merced de la viuda de Garcilaso y de sus rencores y mezquinas venganzas.

El documento de donación para su hijo común es un monumento de amor, de bravura y de orgullo que nos retrata a una Guiomar Carrillo lejos de temores humanos, y que, una vez que su amado no puede sufrir las consecuencias que sus amores con ella podrían acarrearle, ya que su vida terrena ha terminado, proclama su maternidad bien alto y bien fuerte, para que todo el mundo sepa que Garcilaso y ella se amaron mucho y mucho tiempo, que tuvieron un hijo muy querido por los dos y que, de ningún modo, ella había sido una aventurilla sin importancia, y que don Lorenzo, por parte de madre,

pertenecía también a una de las más ilustres familias toledanas, que jamás consentiría que quedase abandonado a su suerte como si de un completo huérfano se tratase.

Quizás algún día, revolviendo papeles en algún archivo, doña Guiomar nos vuelva a revelar nuevos datos sobre sus amores. O tal vez nunca sepamos nada más de ella y ese misterio sea más bello que la posible realidad.

Su amada portuguesa: doña Beatriz de Sá

Debió de ser Garcilaso de la Vega un hombre muy atractivo. Si su estatua funeraria le hace honor, el poeta tuvo que ser bien parecido, elegante, de buen gusto. Era además culto, de muy buena familia y, sobre todas las cosas, hubo de tener una conversación irresistiblemente encantadora. Sabemos que poseía una preciosa voz con la que, además de conquistar hablando, cantaba con gusto y gracia las canciones de su tiempo. Dominaba el laúd y el arpa. En fin, que para las mujeres que lo conocieran era imposible que pasase desapercibido y seguramente todas ellas se deleitarían con su presencia y amistad.

Del mismo modo conocemos por sus poemas que era un hombre enamorado, fácil víctima del amor, y desde luego, que no fue varón de una sola mujer. El amor lo rindió repetidas veces y con mucha intensidad. No cabe la menor duda de que sus versos amorosos hablan de varias damas y la que parece haber tenido más importancia en su vida es, sin duda, una mujer portuguesa, dama misteriosa, a la que el poeta trata de esconder con todo su afán. Ella nunca correspondió al poeta. Fue un amor frustrado que le hacía sentir vergüenza al no poder evitarlo y que le causaba un gran temor y un remordimiento infinito. Amor sin remedio y sin esperanza. Pecado de pensamiento y sentimiento al que no encuentra disculpa y del que no puede arrepentirse ni despedirse, ni en vida ni en muerte, pues también sabemos que la dama lusitana murió pronto. Fue un amor, al que ninguno de los otros sentidos por el poeta hizo sombra y al que ninguno pudo sustituir.

Mucho se ha especulado acerca de la identidad de la dama portuguesa. Y el velo que la cubre es tan espeso que hasta ahora solo pueden establecerse hipótesis sobre su identidad.

Durante siglos, datos posibles, pero tergiversados por algunos en su interpretación, han hecho que la mayoría de los estudiosos del tema hayan afirmado y mitificado a doña Isabel Freyre como la amada secreta de Garcilaso. Mas, volviendo a estudiar la época, sus personajes, la cronología de los acontecimientos, releendo y estudiando a los que pudieron y debieron de estar al tanto de ese amor y, sobre todo, escuchando y profundizando en las palabras, en los versos en los que el poeta canta a su amada imposible, las últimas investigaciones apuntan, con mucha verosimilitud pero siempre hipotéticamente, a otra dama, desde luego portuguesa, como Garcilaso insistentemente afirma, pero más cercana al toledano, infinitamente más próxima, una mujer con la que el poeta convivió en la casa familiar, tan bella que fue cantada por todos los poetas portugueses de su tiempo, una dama que murió de parto hallándose Garcilaso a su lado porque falleció en su mismo hogar. Y era verdadero y horrible pecado, como el poeta afirma, estar enamorado de ella, al tratarse, ni más ni menos, que de su cuñada, la segunda mujer de su hermano mayor Pedro Laso. Era, pues, un enamoramiento incestuoso para la época. Aquella dama era de una beldad tal que fue considerada como la “mujer más hermosa que se halló en Portugal”, consideración que, en tiempo de bellezas como la misma emperatriz Isabel, nos hace pensar en algo muy extraordinario. Si es cierto todo lo que tantos datos apuntan y que poetas contemporáneos (alguno de ellos parientes de la dama) nos indican y que incluso Garcilaso nos intenta revelar en

una preciosa adivinanza en uno de sus más hermosos sonetos (el XXVIII), la dama en cuestión era doña Beatriz de Sá, nacida en San Miguel, en la islas Azores, en “el mar de Lusitania”, y criada en la corte portuguesa siempre junto a la futura emperatriz Isabel.

Garcilaso la debió de conocer en uno de sus viajes al país vecino para ver a su hermano exiliado a consecuencia de la guerra de las Comunidades. Ello pudo suceder, si analizamos las fechas, en los momentos en los que posiblemente le fue negada su unión con Guiomar. Pedro, viudo de su primera mujer, andaba en tratos para casarse con Beatriz. Un enlace muy conveniente para él por tratarse de una dama tan próxima a la inminente esposa del emperador, y una boda que, con seguridad, le proporcionaría el perdón real, el regreso a su país y la devolución de sus bienes.

En el viaje de doña Isabel a España para casarse con don Carlos, Beatriz de Sá la acompañaba y, antes de abandonar Portugal, muy cerca de la frontera, concretamente en Elvas, Beatriz se casó con Pedro, ya que este no podía aún entrar en nuestra nación. Pedro se quedó en Portugal, pero Beatriz continuó viaje con su señora hasta Sevilla donde tendría lugar su enlace con el emperador. Llegado el cortejo a la ciudad del Guadalquivir, allí es casi seguro que se hallaba Garcilaso. Y Beatriz y el poeta solo tendrían en sus mentes un propósito: conseguir, aprovechando las mieles de la boda real, el perdón para Pedro.

Podemos suponer que los ya cuñados se verían y hablarían con frecuencia para tratar del problema que les preocupaba. En la primavera sevillana, y en aquel ambiente feliz y amoroso, Garcilaso se reuniría muy a menudo con la bellísima Beatriz. Planearían juntos, según creo, la estrategia para lograr que el muy enamorado emperador perdonara, ciego de felicidad, todo lo imperdonable. Debió de ser un trabajo refinado, difícil y casi imposible, ya que don Carlos odiaba cualquier cosa que le recordara el levantamiento comunero y, ciertamente, no era muy proclive a la clemencia. Pero los días de Sevilla, las dulces palabras de su amada y la que sospechamos incansable insistencia de Beatriz y Garcilaso lograron lo imposible.

Cuando los recién casados huyen del calor sevillano hacia la más fresca Granada para proseguir su luna de miel, el perdón está concedido, y Beatriz y Garcilaso vuelan a Toledo a reunirse con Pedro a quien ya se han enviado correos a Portugal con el perdón del emperador.

No sabemos si fue en este periodo de trato tan cercano e íntimo con Beatriz cuando Garcilaso acabó enamorándose perdidamente de su cuñada. Pero es fácil que así fuera porque todo se mostraba a favor: su cercanía y confianza, el ambiente amoroso que, sin duda, se respiraba en Sevilla, la belleza inconmensurable de la dama, el carácter enamorado del poeta y su soledad amorosa. Desde luego, si no fue así, hubiera sido una rareza.

Entiendo, pues, que Garcilaso se enamoró locamente de aquella beldad portuguesa, que ella lo rechazó, o quizás ni siquiera lo considerase al estar casada y, según parece, ser fiel a su marido. Tal vez, el poeta no fuera capaz ni de confesarle su amor, o si lo hizo, fue desde luego desdeñado y despreciado.

Llegados a Toledo los dos protagonistas de esta historia, viven en la misma casa materna, donde también reside doña Elena de Zuñiga, casada ya con Garcilaso. Y, con Pedro muy probablemente lejos de su hogar en muchas ocasiones –había de recobrar su buen nombre ante el emperador y acudía a todas las empresas guerreras que fuera necesario– era casi siempre Garcilaso el único hombre en la casa de doña Sancha.

Beatriz muere de parto muy pronto. El poeta, antes de que le llegara a la joven su hora final, la ha oído lamentarse y ha permanecido a su lado hasta su muerte, cosa imposible si la amada hubiese sido Isabel Freyre –en todo caso amiga de la familia–, pero algo admisible si se trataba de su cuñada y él era el único varón en el hogar.

Garcilaso y su esposa compran más tarde una casa propia muy cercana a la materna. Allí nacerán los hijos que el poeta y su mujer engendraron en las escasas ocasiones que compartieron, ya que el toledano debía acompañar al rey y acudir a las múltiples batallas que don Carlos con tanta facilidad emprendía.

Pedro Laso volvió a casarse. Esta tercera vez lo hizo con Isabel de Sá, hermana pequeña de Beatriz, aquella su segunda esposa que tan dulcísimo recuerdo hubo de dejarle. Las hermanas Sá debieron de compartir hermosura y atractivo. Ninguna de las dos dejó herederos en la casa de los Laso, aunque sí lo hicieron otras hermanas que también se casaron en España y de las que nos consta documentalmente su descendencia hasta varias generaciones posteriores. Algunas de las jóvenes del linaje entraron en religión y sus nombres se repiten en los libros de los conventos toledanos. Y hasta de la muerte de una de ellas, no monja sino casada, pero bellísima como todas las Sás, nos habla un famoso soneto de Góngora, donde, al igual que hizo Garcilaso en otra composición con doña Beatriz, se compara a la dama con una rosa, jugando con la sílaba final de la flor y la misma del apellido portugués (Sá). ¿No procederá de aquí el nombre de Elisa de la pastora muerta de parto en las églogas del poeta toledano?

Resulta curioso saber que las Sás descendían de Teguisse Guanarteme, una princesa guanche que casó con Maciot de Bettencourt, uno de los conquistadores normandos que, a las órdenes de los reyes de Castilla, ganaron las islas Afortunadas para la corona de España. La familia Bettencourt pasó de las Canarias a las islas Azores y de allí al continente, a la corte portuguesa, para terminar en España, que es donde se desarrolla nuestra historia de amores y desamores

Finalmente, cuando Garcilaso, entre viaje y viaje, tras la muerte de su cuñada, regrese a Toledo, no dejará de visitar Cuerva, la villa propiedad de sus padres. Allí derramará lágrimas sin fin sobre la tumba de su amada imposible, enterrada junto a la familia de su esposo. El natural enamoradizo del poeta le hará caer en el amor muchas más veces. Pero ninguna de sus nuevas amadas será como la portuguesa a la que nunca pudo conseguir, aquella que fue su pecado más hermoso e inolvidable.

Su esposa oficial: doña Elena de Zúñiga

Garcilaso de la Vega solo contrajo un matrimonio oficial, pues su relación que por entonces hubiese podido ser considerada como conyugal con Guiomar Carrillo fue ocultada y arrinconada por sus familias. El poeta, por tanto, tuvo una sola esposa oficial en su corta vida, y esta fue doña Elena de Zúñiga.

Según Guiomar Carrillo deja entrever en su escrito de donación a su hijo, su amado no pudo casarse con quien quiso sino que hizo una boda de conveniencia, cosa por otra parte muy habitual en su tiempo.

No obstante ser atrayente y seductor, como ya dijimos, Garcilaso tenía sobre sí varios y enormes inconvenientes a la hora de elegir esposa. En primer lugar, era segundón, es decir que, a pesar de pertenecer a una familia acomodada, su situación económica no era nada buena, dado que la mayor parte de los bienes de su casa entraban en el mayorazgo y, en consecuencia, estaban destinados a su hermano mayor Pedro Laso. Él se había de conformar, pues, con las migajas que su madre doña Sancha de Guzmán (cuyo ojito derecho, al parecer, era Garcilaso) pudiera distraer del patrimonio familiar. En segundo término, por ser contino del rey, no podía contraer matrimonio sin el consentimiento expreso del monarca, hecho que volvía a limitar sus posibilidades. Y a ello habría que añadir –como tercer obstáculo– que era miembro de una muy señalada familia

comunera y que, por tanto, había de hacer todo lo posible por congraciarse con el emperador. Las tres circunstancias citadas nos llevan a comprender perfectamente el matrimonio que Garcilaso contrajo.

Elena de Zúñiga era una joven castellana de familia adinerada, que había sido dama de compañía de doña Leonor de Austria, la hermana del emperador esposa del rey portugués, y que, al enviudar, regresó a Castilla, donde volvió a ser la mano derecha de su hermano Carlos, de cuya confianza gozaba plenamente. Podíamos decir que, después de la emperatriz, doña Leonor era la mujer más influyente del reino.

Garcilaso, por su condición ya referida de continuo, frecuentaba mucho la corte y, claro está, el círculo de amistades de doña Leonor. Y, según todos los indicios, fue ella la que propuso dotar generosísimamente a Elena de Zúñiga si se casaba con el toledano. Esto, a todas luces, se podía interpretar como una orden para que este casamiento se efectuara. Y así se hizo. Garcilaso y Elena de Zúñiga se casaron y, desde entonces, el poeta obtuvo más y más prebendas, pues el afecto de doña Leonor de Austria y de los reyes por su esposa allanaba cualquier inconveniente para el ascenso en la corte del lírico.

Instalado el matrimonio en Toledo, pudo, en no mucho tiempo, gozar de casa propia, casa cuyo emplazamiento se acaba de descubrir. Y concibieron, también como era normal en la época, varios hijos, a pesar de las largas temporadas que Garcilaso pasaba lejos de su hogar.

Parece que el poeta tuvo una relación cortés y sin apasionamientos con su esposa, a la que no intuimos en ninguno de los versos amorosos de su marido y sí quizás solo en aquel que habla de una unión no muy feliz y del lecho como una dura batalla. Es indudable que Garcilaso tuvo amores extraconyugales mucho más placenteros y dichosos que el que mantenía en su casa con su esposa. Lo que sí creemos intuir, y con gran posibilidad pensar, es que doña Elena de Zúñiga sí cayó en las redes amorosas de su atrayente marido. Podemos también imaginar el sufrimiento que padecería al saber de sus amantes y es muy probable que llegase a conocer, antes de la muerte de su esposo, quién era la madre de Lorenzo y, desde luego, lo corroboró tras la muerte de Garcilaso al otorgar Guiomar Carrillo la donación a su hijo, mediante documento notarial.

La de Zúñiga hubiese sido ciega de no ver el éxito que Garcilaso tenía entre las damas (y no tan damas) de la corte, y sería muy doloroso para ella notar que su unión era un mero trámite obligatorio y no muy gozoso para su marido. Porque nada de esto se le ocultaría. Siempre habría alguien que le hablase de las correrías y amores de su marido, porque chismosos nunca faltan.

Es difícil pensar que doña Elena, que siempre conservó la estrecha amistad con doña Leonor de Austria y con la emperatriz Isabel, no comentara con ellas y se quejara amargamente de las infidelidades de su esposo. Y, desde luego, estas dos damas tan virtuosas no verían con buenos ojos las andanzas amorosas del toledano y sus devaneos con otras faldas extraconyugales.

Es casi natural, al ver el carácter serio y seco de la emperatriz, que ella no tuviese ninguna simpatía por el caballero que tan poco formalmente se comportaba con su buena amiga Elena de Zúñiga. Y su rigurosidad y malas pulgas con el poeta, su verdadera persecución hacia él, podrían explicarse por el conocimiento que debía tener del poco amor que Garcilaso demostraba hacia su esposa. Ciertamente Isabel de Portugal nunca demostró benevolencia hacia el toledano e hizo lo que pudo para castigar cualquier torpeza que tuviese. Tras la boda en Ávila del sobrino del poeta, ordenó que detuvieran al lírico, tardó en escuchar al duque de Alba que intentaba protegerlo, y probablemente fue ella la inductora del destierro del toledano en el

Danubio. Todo esto podemos decir que lo hizo hasta con saña muy femenil y quizás inspirada por la mala opinión que tenía de Garcilaso, opinión que debía provenir de las informaciones que de él daba su esposa legítima.

Elena de Zúñiga, por su posición en la corte, debió de ser una dama educada y culta, con una economía saneada que le daba poder para muchas cosas. Lo que parece que no logró nunca fue el amor completo y apasionado de su marido. Una señal muy clara de lo ofendida que estaba por ello es la forma en que actúa a la muerte del poeta. La venganza es un plato que se come frío y ella esperó a que Garcilaso muriera para, según deducimos, no respetar ni obedecer las órdenes que su marido daba en sus últimas voluntades en relación a su hijo Lorenzo. Una mujer que se hubiese sabido amada habría cumplido al pie de la letra, y sin dudarle, lo que su amante esposo le rogaba que se hiciera a su fallecimiento. Del mismo modo, si ella no hubiera estado profundamente enamorada del poeta, no le habría importado nada lo que hubiese dejado dispuesto su marido a favor de sus amantes o del fruto de sus amores extraconyugales, lo habría cumplido fríamente sin preocuparse lo más mínimo por ello. Y no fue así.

Garcilaso había pedido en su testamento que, si moría lejos de su patria, Toledo, fuera enterrado allí donde muriese, sin ser trasladado a su tierra natal. Por el contrario, doña Elena de Zúñiga dispuso inmediatamente el viaje de los restos de su marido desde Niza, donde murió, a la Ciudad Imperial. Llegado el cadáver a la urbe del Tajo, no fue sepultado en Cuerva, en el panteón de los Laso, donde ya descansaban los restos de Beatriz de Sá, cosa lógica por otra parte, ya que allí se enterraba la familia directa del mayorazgo, es decir, de Pedro Laso. Y puesto que Garcilaso poseía su propia capilla heredada de sus antepasados en el toledano monasterio de san Pedro Mártir, doña Elena ordenó darle sepultura en ella. Años después, fallecido el también llamado Garcilaso, hijo del poeta y de doña Elena, esta encargaría que se les hiciesen sendas estatuas funerarias orantes. Así, padre e hijo juntos, destacando en sus figuras en mármol el enorme parecido de uno con otro, yacieron en Toledo para la eternidad.

En cuanto a las deudas que Garcilaso ordenaba saldar, llama la atención que doña Elena no cumpliera sus deseos relativos a que se hiciera un pago en Nápoles a doña Catalina Sanseverino. Suponemos que la viuda tampoco preguntaría por Extremadura si a una tal Elvira su marido le debía algo.

Por último, intuimos que la de Zúñiga no cumplió la orden expresa de su marido de que a su hijo Lorenzo no le faltara dinero para comida ni para su educación, ya que Guiomar Carrillo, su verdadera madre, tuvo que correr en auxilio del joven y darle lo que la viuda de su padre, según parece, le negaba.

El retrato que todas estas acciones nos llevan a pergeñar de doña Elena de Zúñiga es el de una mujer enamorada y desdeñada, resentida y con despecho, puesto que si hubiese amado a Garcilaso con toda su alma, habría cumplido sus últimas voluntades sin excepción alguna. Y su fría venganza final nos habla claramente de sus celos y de una amarga satisfacción al no cumplir los deseos de aquel marido que no la había amado.

Un amor extremeño: la fugaz Elvira

Aunque se trate de un amor menor, al parecer sin trascendencia alguna, a mí siempre me ha parecido muy curioso y extraordinario que el poeta la recordara, y con su nombre, en el importante documento, para cualquier persona, de sus últimas voluntades. En repetidas ocasiones me he preguntado qué clase de relación tendría con aquella Elvira para recordarla y nombrarla ante una posible muerte.

Es de suponer que, dados el carácter y la personalidad de Garcilaso, amores de paso, de poca importancia, tendría muchísimos. Pero, qué casualidad, cuando se para a prevenir su propia muerte, cuando piensa en no dejar deudas que saldar al dejar este mundo para que Dios no le pida cuentas sobre ellas, el poeta no olvida a esta lejana Elvira porque piensa que pueda deberle algo en cuanto a su honestidad.

Sabemos muy poco de ella. Hasta el mismo Garcilaso duda del lugar dónde sea posible localizarla. Cree que su hermano Francisco podría dar pistas sobre ella. Lo que es seguro es que Elvira vivía en o muy cerca de las posesiones extremeñas de los Laso, en Almendralejo o en Los Arcos, allí en las tierras serranas que separan España de Portugal.

Era, pues, la joven una moza de pueblo, una lugareña de aquellas zonas fronterizas, que quizás no tenía un sitio fijo de vivienda, lo que puede inducirnos a darle en nuestra imaginación el aspecto de una cuidadora de los rebaños que pastaban las hierbas de las dehesas propiedad de los Laso en los alrededores de Badajoz.

Quien haya viajado por aquellas tierras, se haya animado a llegar hasta el interior de las inmensas fincas y haya visto los restos de la fortaleza de Los Arcos se habrá percatado de lo montañés de aquel terreno, rico en encinas y en pastos, con preciosos riachuelos para bebederos de animales salvajes y de los criados por el hombre, muy propio para escondrijos y retiros de la mundanal y, a veces, peligrosa corte. Y además, para fortuna de los varones Laso, una tierra tan estratégicamente cerca de Portugal, del acogedor y protector Portugal, lleno de parientes y amigos.

Por estas mismas razones siempre me ha parecido que Elvira para Garcilaso era lo que fueron las serranillas para su ancestro el marqués de Santillana. Una mujer encontrada en el monte, que conoce los caminos y riesgos que en él hay y que en momentos de peligro y soledad lo acoge, lo ayuda, lo guía y comparte con él una humilde choza, una frugal comida y un cálido y no muy mullido, ni muy limpio lecho en la fría noche del invierno.

Y, al igual que las serranillas del marqués, una vez cumplida su misión o colmado su placer, pide –acaso exige– una recompensa económica por los favores concedidos, algún dinero que pague su “honestidad perdida”. Que ya se sabe que esas cosas se pagan.

Garcilaso, siempre con prisas por aquellos lugares, duda de si abonó a Elvira lo que le debía, y no quiere dejar de pagárselo, porque es seguro que a ella le hacen buena falta los dineros. Y quizás el caballero la nombra en su testamento porque recuerda que la chica fue tan confiada que no se los pidió por adelantado.

Como quiera que fuese, Garcilaso no la había olvidado y yo me planteo que alguna razón habría. Alguna gracia, alguna ternura especial tenía Elvira para que el poeta la recuerde e intente quedar bien con ella, no deberle nada.

Para un caballero tan refinado como nuestro protagonista, estos amores asilvestrados y montaraces debieron de tener un encanto especial, por el rudo contraste con sus amores cortesanos. La lugareña Elvira no tendría nada que ver en modales, en educación, en apariencia con las damas a las que Garcilaso estaba acostumbrado a tratar, pero esto mismo provocaría su morbo. Desde luego, Elvira no fue la inspiradora de las pastoras que Garcilaso describe en sus églogas. Galatea y Elisa no guardarían mucho parecido con las auténticas y prístinas pastoras de los montes extremeños. Pero, insisto, el poeta no la olvidó y Elvira ha quedado para siempre inscrita en la historia de los amores del toledano.

Me reitero también, y para terminar, en que no sabemos nada más de ella. Mas podemos imaginar que, si concedió favores a Garcilaso, el gentil, el cortés Garcilaso, esto debió de suponer para ella, la campesina de Los Arcos, algo imborrable e

imperecedero, algo que quizás contase en su vejez a sus nietos a la orilla de la lumbre: “Yo conocí hace muchos años a un caballero muy hermoso y galante, que decía las palabras más bellas que os podáis imaginar... Supe que murió joven en tierras del rey de Francia...”.

Los amores napolitanos

Garcilaso, tras su destierro en la isla del Danubio, logró el perdón real pero tuvo que elegir entre su entrada a un convento o un destino en Nápoles. No tuvo, claro es, ninguna duda al respecto y optó por el virreinato. La nueva poesía, el arte nuevo en la arquitectura, todas las nuevas tendencias estéticas que revolucionaban el mundo conocido en Occidente florecían y daban fruto espléndido en aquella bellísima región del sur de Italia.

Además de Roma, donde los papas mantenían suntuosas cortes ricas en todas las artes, la península Itálica estaba repleta de ciudades casi míticas, donde nobles y antiguas familias ejercían sus mecenazgos generosos sobre pintores, escultores, arquitectos, músicos y escritores. Es decir, un paraíso para una persona como Garcilaso de la Vega.

Nápoles, ciudad por aquel entonces española, fue el lugar al que el poeta llegó en el verano de 1532, lugar ideal cuyo virrey don Pedro de Toledo, tío del duque de Alba, se convertirá en el gran protector de Garcilaso. La ciudad era un rico puerto, llave del África del norte, desde donde se planeaban y cocían todos los proyectos africanistas del emperador y también desde donde se vigilaba al Papa y sus movimientos a favor del rey francés, refugio y cuartel de la tropas españolas que cuidaban de que el Turco no se adueñara del Mediterráneo y, en definitiva, cabeza de todos los afanes de España en lo que había sido el gran imperio romano hacia el sur.

Y allí tenemos a nuestro Garcilaso: “el caballero más hermoso y gallardo de cuantos componían la corte del emperador”. El toledano encuentra en la ciudad no solo una nueva forma de poesía, evolucionada de Petrarca, influida por los grandes escritores latinos y griegos, sino una forma diferente, muy diferente de vida de la que el conocía y había vivido en su antigua urbe patria. Garcilaso entra, de repente, en un mundo nuevo, más liberal, menos encorsetado y riguroso, más abierto a ideas rompedoras, que decían retornar al ambiente paganizante y relajado del recordado y rico imperio romano, un ambiente que pretendía cortar con el Medievo, época durante la cual, según ellos, Europa se había visto sumida en un oscuro periodo de cultura limitada y limitante.

Garcilaso debió de quedar deslumbrado al conocer a aquellos escritores y artistas que le abrían paso a una vida nueva, a una concepción completamente distinta del arte, que le permitiría expresarse en nuevos metros, en un universo hasta ahora desconocido y casi ni soñado por él. Y ciertamente que hizo uso de todo ello y llevó a las letras españolas, a la poesía, a una altura y belleza nunca vistas. Y su vida cambió.

No menos sorpresa sentiría ante las damas naturales de la zona que allí conoció. Acostumbrado a las castellanas, a las portuguesas, con sus rígidas morales, con sus inamovibles conceptos del pecado, de la fidelidad... En Nápoles, el poeta trata a jóvenes con ideas más amplias, distendidas, relajadas, mujeres que durante generaciones no han tenido en cuenta el “qué dirán” y para quienes el viejo sentido del honor y de la honra no es algo tan imponente, ni tan limitante como lo era para españolas y portuguesas de su tiempo. Y Garcilaso debió de quedar encantado ante el cambio.

Sabemos, sin ninguna clase de duda, que el poeta tuvo amores en Nápoles. De ellos habla en sus composiciones y desde Túnez y Sicilia los recuerda con nostalgia, los

extraña con verdadera pasión. Lo que desconocemos son los nombres de las damas, ocultos caballerosamente por el poeta, como en él ya era costumbre inveterada.

Habla de una de ellas en un poema y parece ser que se trataba del amor fallido de Mario Galeota, un amigo suyo napolitano. La composición, una de las más famosas del toledano por el empleo de una estrofa hasta entonces no usada en la lengua de España, parece estar dirigida a Violante Sanseverino, conocida dama que vivía en el barrio napolitano del Gnido. El poema se titula *Oda a la flor del Gnido*.

Cuando, al regreso de la toma de Túnez, el poeta se halle en Sicilia y escriba una elegía a Boscán, recordando Nápoles y a la amada que quedó en la ciudad, pensará en su amor napolitano y le dirá al amigo: “Allí mi corazón tuvo su nido”. ¿Querrá decir con este verso que su amada también vivía en el mismo barrio?...

Se ha dicho que podría tratarse de Catalina Sanseverino, mas ninguna prueba hay de ello. Lo cierto es que en Nápoles había mujeres tan interesantes que cualquiera de ellas podría haber inflamado el tierno y enamorado corazón de nuestro poeta. ¿Cómo no caer ante el hechizo de una Vittoria Colonna, bella como una diosa griega, de fácil palabra y encantador trato conforme aseguran los que la conocieron? La Colonna, según parece, estuvo en Nápoles en tiempos de Garcilaso y el lírico hubo de conocerla. Escriben los que la vieron que era verdaderamente irresistible.

No menos bella y atractiva debió de ser Giulia Gonzaga, protectora de artistas y escritores, amiga de ellos. ¿La conoció el toledano?... En fin, la lista sería interminable y todo son conjeturas.

Lo único verdadero es que nuestro poeta lo pasó muy bien en Italia, que allí tuvo amores novedosos e inolvidables de los que dio cuenta y que le inspiraron para sus poemas. Sin aquellas mujeres napolitanas, cuyo nombre aún hoy no podemos precisar, habríamos perdido versos como:

*Yo solo fuera voy d'aqueste cuento,
porque'l amor m'aflige y m'atormenta
y en el ausencia crece el mal que siento [...],
porque como del cielo yo sujeto
estaba eternamente y diputado
al amoroso fuego en que me meto.*

Y en ese amoroso fuego se metió nuestro poeta y nunca supo salir de él.